

Periodismo gay

POR LUISGÉ MARTÍN

Los periódicos deberían tener una sección gay. Nacional, Internacional, Cultura, Economía, Deportes y Homosexualidad: algo así. Todos los días nos encontramos con alguna noticia de tema sodomítico o lésbico. En estos días recientes, por ejemplo, se ha anunciado la nueva ley del gobierno de Chávez que reconocerá la unión civil de los homosexuales venezolanos. Se ha informado también de que Obama, contradiciendo una vez más a su antecesor, ha ratificado la declaración de la ONU que reclama la despenalización universal de la homosexualidad (esa declaración que tampoco quiso firmar el Vaticano alegando que iba a ser peor el remedio que la enfermedad, puesto que si no había persecución penal se podrían todos los gays a fornicar como locos, desde uno al otro confín. Un argumento de tanta sabiduría intelectual y de tanta grandeza moral como el que acaba de usar don Benedicto en África para condenar el uso del condón: si los africanos se sienten profilácticamente seguros se darán a la promiscuidad y por lo tanto el sida se expandirá. Puro empirismo).

Que nadie se llame a engaño, es un espejismo: las noticias malas siguen siendo más, y sobre todo más graves. El Reino de Marruecos, que coquetea desde hace años con la occidentalización de las costumbres y de las leyes sin decidirse a dar los pasos definitivos, acaba de anunciar que hasta aquí hemos llegado: se terminó cualquier tipo de tolerancia con la homosexualidad. El suave activismo de algunos grupos gays y el ligero eco que habían encontrado en ciertos medios de comunicación ha colmado la paciencia de las autoridades, que se disponen a imponer la mano dura. En Marruecos, al parecer, cualquier turista con un poco de donosura europea y algo de dinero de bolsillo puede meter en su cama a quien le plazca (incluso al mismísimo rey, según las lenguas más viperinas). Es dudoso que la severidad anunciada ahora por los representantes de la ley alcance a estos hábitos. Se conformarán con mantener la apariencias, como en las sacristías: que se haga pero que no se diga.

Estas semanas se vuelve a hablar también de Sudáfrica, uno de los escasos países en los que el matrimonio entre homosexuales está legalizado. Pero una cosa es ser homosexual, que ya es desgracia, y otra muy distinta ser lesbiana y además negra. A aquéllos, con esfuerzo, se les puede tolerar, pero a éstas lo mejor es violarlas para que se curen y, si se muestran empecinadas en su desviación, pegarles un tiro y mutilarles los genitales. Es lo que al parecer se ha puesto de moda en Sudáfrica, donde siguen archivándose sin condena casos de crímenes lesbófobos.

Las noticias de prensa que prefiero yo, que tengo un temperamento literario un poco morboso, no son las buenas ni las malas, sino las novelescas. Las que encierran un auténtico relato narrativo,

una obra artística trenzada con los hilos de la realidad. Una epopeya o una gesta. De vez en cuando surge alguna (con mucho protagonismo clerical, todo hay que decirlo), pero mi favorita sigue siendo la de Javier Rodrigo de Santos, de cuya vida aventurera tuvimos noticia a través de los periódicos hace ahora justo un año y que quiero hoy conmemorar. Como el mundo en el que vivimos es vertiginoso y devora con rapidez a sus héroes y a sus villanos, tal vez ustedes ya le hayan olvidado: era aquel concejal balear del PP que, con bravura, se gastó cincuenta mil euros de dinero público en prostíbulos masculinos.

El señor Rodrigo de Santos era un corrupto de tomo y lomo, pero ese es el aspecto de la historia que menos me interesa: la literatura de tintes economicistas me aburre. Su vida saltó a los periódicos porque pagó con una tarjeta de crédito municipal, malversando dinero público. Si hubiera pagado las francachelas con sus ahorros no sabríamos de su existencia, pero su biografía sería literariamente igual de apasionante, pues en su comportamiento se entreveran todas las sombras y todos los abismos del alma humana.

El individuo -recordemos- tenía cuarenta y pocos años, estaba casado (con una mujer), tenía cinco hijos (los que Dios le había enviado) y hacía activismo ultracatólico: jaleaba al Papa en sus concentraciones ecuménicas, se negaba a casar a gays y defendía a la sacrosanta Madre Iglesia siempre que podía. Luego se quitaba el traje de doctor Hyde, se ponía el de Mr. Jekyll y se iba a los burdeles de Palma a romper la noche. Cocaína, orgías, vicios de todo tipo. Llamaba seguramente a su esposa y fingía una reunión de trabajo mientras alguno de los chaperos, arrodillado ante él, le llevaba a la gloria. Cincuenta mil euros de gloria en menos de dos años, una verdadera virilidad.

El espíritu novelesco me anima: ¿qué puede pensar un hombre así cuando reza reclinado, cuando besa a sus hijos, cuando con santa indignación proclama que él jamás casará a dos maricones? Entiendo a los homosexuales temerosos que se casan con una mujer para no tener que enfrentarse a los reproches sociales y que tratan de pasar inadvertidos toda su vida, pero los individuos como Javier Rodrigo desbaratan mi raciocinio. Sigo leyendo los periódicos cada día sólo para encontrar historias como la suya que me inspiren literariamente. ¿Quién necesita imaginación con criaturas así viviendo cerca?

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA LAS MANOS CORTADAS (ALFAGUARA).